

la muchedumbre dellos, que, por mas que mataban, siempre parecían que ninguna cosa non menguaban, é los cristianos sufrían tanto, que mas no podían; é por ende, comenzaron todos á desmayar mucho, porque todavía crecían los turcos, ca estaban en su tierra, é venían folgados á la batalla; mas el buen obispo de Puy, que era amigo de Dios, tovo ojo contra la montaña, é vió que les venía ayuda de parte de Oriente, é que había ya cuantos dellos que venían tan de cerca de la hueste, que se querían mezclar con los moros, é que eran tantos, que los no podía hombre contar; hobo muy gran placer é muy gran alegría, é luego conoció que eran los ángeles, é el número dellos, segun su juicio, podrían ser fasta quinientos mil caballeros de aquella caballería celestial, é eran todos mas blancos que la nieve; é venía primero san Jorge é san Nicosio, que fueron bien guerreros. Cuando los cristianos los vieron, cuidaron que era ayuda que venía á los moros; é hobieron tan grande espanto, que perdieron los corazones é el esfuerzo que ante habían, porque les pareció que eran cercados de todas partes é que non podrían sufrir á tan gran poder, é paráronse tan desmayados, que no sabían consejarse los unos con los otros. Los moros, cuando vieron que los cristianos así se paraban é no trabajaban de lidiar, é que se dejaban dello, cobraron corazones, é quisieron arremeter todos é venir sobre ellos; mas comenzóles á decir estonce el obispo de Puy á grandes voces: «No temádes, ca Dios es con nosotros, é este es el acorro que vos envía Jesucristo, que son los ángeles que vos yo dije; é esforzad, ca vencidos son los moros descreídos, enemigos de Dios.» E los turcos, que querían aguijar é dar en ellos, como tenían que el campo habían vencido, cuando oyeron las voces del obispo de Puy, maravilláronse, é no entendieron mas, sino que vieron los blancos con ellos, que descendían de la montaña, é venían tan acerca ya, que los primeros querían ferir en ellos; é luego tornaron las cabezas de los caballos, é non hobo tan osado ni tan esforzado, que quisiese allí esperar por toda la riqueza de Persia, antes fueron tan espantados, que nunca despues hobieron acuerdo ninguno en sí; tanto, que hobieron á foir del campo. Los cristianos estonce, cuando vieron el acorro que Dios les enviaba, cobraron fuerza en los corazones, é semejoles que eran tan folgados é tan frescos é tan ricos como si aquel dia no hobieran sufrido golpe; é fueron en pos dellos firiendo é derribando, é dejaban sus caballos, que eran cansados, é tomaban otros; que asaz había dellos por el campo que no habían señores.

## CAPITULO CLV.

Cómo Guiger el alemán derribó la seña mayor de Corvalan por fuerza, é fizo á los turcos desampararla.

Desque Guigel el alemán vió fuir los moros, é los cristianos en pos dellos, é matar en el alcance cuantos hallaban, paró mientes, é vió la gran seña de Corvalan, á que llamaban estandal, é estaba hincada en el campo ante la su tienda mayor, é parecía alzada en un palo ya cuanto gordo, como podría ser un mastel de galea; é porque estaba en un otero parecía muy de léjos, ca así mandara Corvalan que la pusiesen en lugar que todas las haces de la su gente la viesén, porque pudie-

sen acorrer allí, é cobrar si menester les fuese. E despues que Guigel vió la seña tan alta é tan noble, é de cómo la meneaba el viento, imaginó que si derribada fuese, que sería gran esfuerzo para los cristianos; é hizo su oración, é rogó á Dios que le enderezase é le diese poder é fuerza porque lo pudiese cumplir aquello que él había pensado; é comenzó estonce de ir contra la seña, é entró en la priesa de los moros que estaban aun por ahí, é sacó la espada é paró el escudo ante sí, é á quien él bien alcanzaba non había menester otro maestro que lo sanase, ca luego lo echaba muerto en tierra; mas los turcos, que Dios destruya, matáronle allí aquella hora el caballo, é tenía la espada en la mano, é feria muy de récio á diestro é á siniestro, de manera que mató muchos dellos, é hacíalos caer muertos unos sobre otros, é libró de los moros el campo á derredor de sí. Estando el campo vacío é desembargado de los moros vivos, á todas partes mas que un hasta de lanza de peon, no osaban á él llegar los turcos, é por mas dardos é saetas que le tiraban, non cesaba de trabajar é de contender por llegar al estandal; é llegó por fuerza, á pesar de todos, é comenzó luego de cortar en la vara con la espada hasta que la tajó é la derribó, é fuera luego muerto, sino por los alemanes é otra compañía que hi venieron é lo acorrieron; é allí fueron esa hora los grandes golpes de las espadas sobre los yelmos é en los escudos; mas los turcos non los pudieron sufrir en aquel lugar, é desampararon la seña, sin esperanza de la nunca cobrar.

## CAPITULO CLVI.

Cómo Corvalan mandó hacer la afumada, é cómo se ayuntaron muchos turcos.

Corvalan bien del comienzo mandara á sus ricos hombres que cuando viesén el fumo é el fuego ante el estandal, que estonce se ayuntasen todos donde quier que estuviesen, é que viesén á él, é mandara otrosí llegar mucha paja é cardos secos, é que ficiesen con ello almenara; é estonces que corriesen todos en uno, é que así sacarian los cristianos del campo por fuerza, é que fuesen firiendo en ellos hasta las puertas de Antioca, é que entrasen de vuelta con ellos en la cibdad. E otrosí había puesto esta señal mesma con los del alcázar de Mal-Vecino, é mandóles que descendiesen todos por la cuesta apriesa, é que entrasen en la villa é abriesen luego las puertas, é así lo hicieron. E cuando Corvalan tocó el cuerno, é se alzó el fumo por el aire arriba tan alto, que daba hasta las nubes, é llama con él tan grande que era maravilla, los moros comenzaron estonce á tañer los atambores é los añafles é las bocinas, é dieron otrosí los turcos las voces tamañas, é tan grandes los alaridos, que, con el recudimiento del aire é con el son de los instrumentos é con las voces de la gente, fué tan grande el ruido, que semejava que aquella tierra se quería sumir é descender en los abismos, é tremió el aire é la tierra en derredor; é esto fué por dos razones, segun cuenta la historia: la una por los grandes ruidos que hacían los instrumentos é la gente; é la otra porque el aire é la tierra son obra de Dios é su hechura, é le conocieron señorío, é le hobieron á facer honra cuando sus mensajeros pasaron

por ella, que eran los ángeles, é entraron en la batalla; é dió testimonio desto mesmo el alcaide que tenía el alcázar de Mal-Vecino, así como la historia vos contará adelante. E estonce los turcos, cuando vieron el fumo, venieron de todas partes, é los que habían quedado para guardar las tiendas, que aun en todo el dia no se habían partido dende, corrieron allá é ayuntáronse con ellos; é tan grande era la priesa de los que venían folgados é frescos, é de los otros que venían de todas partes, é de los que fuían, é los polvos se levantaban tan altos, que non se podía desviar la muchedumbre de la gente; é eran allí venidos, señaladamente para matar á los ricos hombres de la cristiandad los acemitanos; que eran negros por todo el cuerpo, mas habían los ojos é las uñas é las palmas de las manos hermejas como sangre, é comían carne cruda sin otro adobo, é los mas dellos no se entendían unos á otros sino por señas, é ladraban como canes é hablaban en durmiendo, é cuando entraban en batalla, nunca conocían á ninguno, aun por pariente que fuese. Esta gente de los acemitanos, segun cuenta la historia, no sabían de fecho de armas, como otra gente, ca non traían escudos ni lanzas ni espadas ni arcos ni porras; empero traían lorigas muy fuertes é hacinetes de cuero tan fuertes, que recudia dellos el golpe de la saeta é de la espada, é cabalgaban en caballos muy ligeros é bien enseñados, é traían cuchillos muy fuertes é bien templados de acero é emponzoñados, que ferían tan fieramente, que no había armadura ninguna, de fuste ni de fierro ni de paño, que ninguna cosa aprovechase á aquel que friesen. E con estos pusiera Corvalan que cuando oyesen el su cuerno, que estonces señaladamente fuesen á herir en los altos hombres de los cristianos; é á los ricos hombres de los cristianos conocíanlos ya los acemitanos por sus señales que traían de las armas, ca habíagelas mostrado Corvalan.

## CAPITULO CLVII.

Cómo el conde de Tolosa, que quedó en la villa para la defender, la defendió bien á los del alcázar.

Quando los cristianos salieron de Antioca á la batalla, rogaron al conde de Tolosa que quedase en ella é que guardase la villa, é él fizolo mucho á pesar de sí, segun que lo habédes oído, é fincaron con él hasta doce mil hombres de armas, que non tenían aderezado de salir á la batalla, porque non tenían caballos; é estos guardaron muy bien las torres é los portales de parte del alcázar de Mal-Vecino, en que había muy gran multitud de turcos, que los combatieron todo el dia hasta hora de nona; mas defendiéronse ellos muy bien, de manera que no perdieron ninguna cosa de lo suyo. Sin estos doce mil hombres d'armas que dijimos, quedaron en la villa clérigos é mujeres, é griegos é armenios é surianos, que eran de la gente flaca; estos andaban por los muros haciendo procesion, todos descalzos, é rogando á Dios que guardase de mal á los cristianos é les dejase vencer á sus enemigos, los descreídos de la ley de Jesucristo. E el conde de Tolosa salió de las barreras que eran de parte del alcázar, é con él el visconde de Toreña, é Pero Remon Dantrol, é el alguacil de Monzon, é Guillen de Buensdarle, é Guillen Bort, su

primo, é Guillen de Monpesler; así que, fueran desta manera mil é cuatrocientos caballeros, que se combatieron todo el dia con los moros del alcázar, hasta la hora del gran espanto que hobieron de los cristianos en la batalla; é estonce se acogieron los turcos al alcázar, é los de la villa non supieron por qué; mas supiéronlo despues, así como adelante oirédes.

## CAPITULO CLVIII.

Cómo los turcos fuían por los blancos que veían, é cómo los acemitanos mataron muchos dellos porque los non dejaban entrar en la batalla.

En aquella hora mesma que los cristianos hobieron el gran espanto, segun habédes oído, derramaron á la batalla los acemitanos, así como era puesto, á encontrarse con los ricos hombres, que fuían por el espanto é por la priesa en que eran todos, cada uno de su manera, hizose la batalla entre ellos muy grande, porque los unos querían ir á la batalla é los otros fuir della. E cuando los acemitanos vieron que no podían ir adelante, por el estorbo que les hacían los moros que fuían, firieron en ellos, é mataron muchos además. Estonce fué tan grande la priesa de los que fuían de los blancos, esto es, de los ángeles, que los mataban é iban en pos ellos matando, que fueron vencidos estos acemitanos, é mayormente despues que vieron á los blancos, de cuya vista fueron muy espantados.

## CAPITULO CLIX.

Cómo desque el camarero de Corvalan vió el huego fuyó con el tesoro, é cómo salieron los surianos é gelo tomaron.

Corvalan, cuando vió á sus gentes fuir é cómo los mataban los cristianos, é otrosí cuando vió derribar el estandal, que era la seña de la fuerza del su poderío, tan gran pesar hobo en su corazon, que así se paró como fuera de sentido é sin memoria. E con todo esto, comenzó á llamar é á loar á altas voces á Mahoma, á quien él solía amar mucho é honrar é servir cuanto él mas sabía é podía, que le acorriese. Estonce hizo echar fuego de alquitran sobre la yerba verde, é por la calura, que era muy grande, levantóse el fumo é la llama muy grande á deshora, é tendióse á todas partes, de manera que detovo mucho á los cristianos, que non podían pasar. Los turcos que habían quedado en las tiendas, cuando vieron que crecía el fuego é llegaría á ellos é los quemaría á ellos é á cuanto había, tomaron el tesoro é todas sus cosas, así como gelo había mandado Corvalan, é cargáronlo, é íbanse con todo; mas los surianos é los armenios, que estaban mas cerca, supieron esto, salieron á ellos, é robáronlos cuanto levaban, é hirieron en ellos é matáronlos todos. E los otros suyos de la gran hueste fuían todos cuanto podían. Non podría ser contado cuánto bien los cristianos hicieron aquel dia. Cuando Corvalan vió que su gente fuían tan derramadamente, é que non se acogían á su estandal, así como pusieran con él, fué maravillado mucho, porque Mahoma lo consentía, é salió estonce de la priesa de la batalla, é aguijó el caballo, é salióles delante, é paróse ante ellos, diciendo á muy grandes voces que se esforzasen é tornasen é fuesen buenos, é que aquello sería la mejor cosa que ellos podrían facer; mas su

Mahoma é su esfuerzo, é sus palabras fuertes é sus amonestaciones non le tovieron pro ni le valieron nada; ca los blancos, que eran los ángeles que nuestro Señor Dios enviara en acorro á los cristianos, venian en pos de los moros que fuian, é llegábanles ya tan de cerca, que cada uno de los turcos veian que ponian sobre su cabeza una espada, que le semejava fuego ardiente, é por ende, non podian haber otro acorro sino fuir; é los blancos ferian en ellos é matábanlos, é hacíanles tornar atrás é caer de los caballos, porque los caballos fincasen á los cristianos. Corvalan, despues que vió que los non podia tornar del fuir ni tenerlos, aguijó, é paróseles otra vez delante en un lugar que no era muy ancho, por do ellos habian de pasar, é comenzó de ferir en ellos muy fieramente, ca muchos dellos mató, tantos, que se les embargó el paso ante los muertos. E cuando los acemitanos vieron que non podian pasar, apartáronse dellos para lo ferir, é el primero dió con un cuchillo á su caballo entre las cinchas tal golpe, que lo abrió mas de un palmo, é el otro firió á Corvalan en la espalda; así que, le rompió toda la loriga é pasóle en soslayo, ca si el golpe derecho entrara, Corvalan fuera luego muerto; é el tercero firióle en el yelmo, é el golpe descendió por el nasol, de manera que todo lo acostó hácia la tierra; é estonce cayó el caballo, é Corvalan quisose levantar, mas non pudo, que tenia el pié en la estribera, so el caballo, que cayera sobre él. E la priesa de los moros que venian fuyendo, é los cristianos que venian en pos dellos matándolos era tan grande, que no conocian á Corvalan moros ni cristianos, é pasaban sobre él quien mas podia, como facian sobre los otros muertos que hí yacian. Mas él, como era hombre entendido é apercebido é valiente, cubrióse del escudo lo mejor que él pudo, é fué sacando el pié de so el caballo, que era muerto, é levantóse, é fué saliendo de la priesa lo mas encubiertamente é lo mejor que él pudo, pero con muy grande pena. El escudo era tan quebrantado é tan desfecho, que no parecia señal ninguna en él de los golpes que le dieran en él, é de los piés de los caballos, que le pasaran por encima é lo acocearan. E acaesció que pasó por hí estonces el rey de Nubia, que era muy valiente caballero é muy enseñado; é cuando lo vió Corvalan, conocióle é dióle voces; é el rey de Nubia, cuando oyó las voces cómo lo llamaban por su nombre, tornó la cabeza, ca luego conoció en la voz que aquel era Corvalan, é maravillóse mucho cómo estaba á pié, é tomó luego un caballo por la rienda, que hobo á un turco, é levólo; é él cabalgó luego, pero sentíase maltrecho, porque le habian follado mucho los caballos é las bestias que pasaron sobre él.

## CAPITULO CLX.

Cómo los turcos fuian, é los cristianos iban en alcance.

En entrando en la batalla los ángeles que Dios enviara en acorro de los cristianos, así como habeis oido, los turcos comenzaron luego á fuir, é los cristianos iban en pos dellos, firiéndolos en las espaldas é matándolos, de manera que hombre non podría decir las barraganias ni los golpes que cada uno dellos allí hicieron aquel dia, tantos fueron muchos é grandes, é tantos mata-

ron de los moros. Mas el duque Gudufre é Guillen el alemán, é el conde Ruberte é el duque de Normandía é Boymonte aguijaron é metiéronse do era la mayor priesa de los moros, é paráronse entre el rio é la sierra, é tan de récio firieron en ellos, é tan fieramente los aquejaron é los derramaron, que nunca los turcos pudieron tornar á las tiendas, é acogiéronse por la ribera arriba, é los cristianos en pos dellos, firiendo é matando en ellos, é haciendo muy gran mortandad; que tan espesamente caian los heridos é muertos, que en poco tiempo fué el campo cubierto dellos, é la sangre dellos salia tanta, que se hacian por muchos lugares arroyos, que corrian dende fasta el rio. E cuando los turcos llegaron á un valle mucho ancho cerca do estaba un gran barranco, vieron á Corvalan é al rey de Nubia, que les daban voces é les decian que tornasen, ca pocos eran los cristianos que en su alcance iban. E cuando los moros lo entendieron, con el esfuerzo de Corvalan, é porque estaban cerca de la montaña, tornaron; é un caballero, que decian Giralte de Molein, que era ya hombre de dias é habia estado gran tiempo doliente, metióse en la priesa de los moros, é fué en ello mal aconsejado, ca non hobo acorro, é matáronlo luego; é entre tanto llegaron Ebrart de Pecalt, é Ardinnon de Clarambalt, é Tomás el noble pagano de Barachias. E cuando á aquel caballero Giralte vieron yacer muerto, hobieron muy gran pesar, é dijeron que ellos lo vengarian al su poder. E dicho aquello, metiéronse luego en la priesa de los moros, como hombres esforzados é muy buenos caballeros de armas, é en muy poca de hora hicieron en ellos muy gran daño. E los cristianos ibanse todavía creciendo é los turcos menguando, é comenzaron de fuir contra la puente del Fer.

## CAPITULO CLXI.

Cómo el noble duque Gudufre siguió mucho el alcance, é del peligro en que se vió.

Muy triste é muy desmayado se fué Corvalan, como príncipe que veia vencida é desbaratada toda su gente que trujera, é levantóse estonce de la tierra tan gran polvo, que el dia, que era claro, escureció, é iban todos fuyendo hácia aquella parte de la puente del rio del Fer, é tomaron por hí su camino, é los cristianos en su alcance dellos, siguiéndolos hasta el castillo que tenia Tranquer, é comenzó estonces á anocheer, é los cristianos tornáronse para las tiendas, é los turcos fuian todavía cuanto podian, mas el duque Gudufre é algunos de su compañía siguiéronlos hasta que llegaron á un valle grande é fondo, é allí alcanzó el duque Gudufre á Corvalan, é cuando lo vió, comenzó á decir á muy grandes voces: «Par Dios, descreido malo, non podeis escapar.» Cuando lo vió Corvalan, paró mientes é vió que era poca compañía, llamó á grandes voces á los suyos, diciéndoles que tornasen, é ellos tornaron luego; é Corvalan hizoles entender que aquellos que los seguian que eran pocos, é demás que era noche, é por ende, que tornasen á ellos, é que los podrian vencer muy de ligero, é comenzóse luego la batalla muy grave; mas los cristianos hobieron allí lo peor, ca non hobo ninguno de la compañía del Duque que á vida escapase. Allí murió Guillen el alemán, que era muy buen

## CAPITULO CLXII.

De la oracion que fizo el duque Gudufre, é cómo le acorrieron los ricos hombres, é desbarataron á los moros.

Caballero de armas, é firióle el rey que llamaban Claras de Sormasane, é dióle de dos dardos emponzoñados tan fuertes golpes, que le falsó la loriga é pasóle los costados, é cayó luego en tierra, como aquel que era llagado de muerte. E como quier que fuera de otra manera, hobo de morir por fuerza de la ponzoña que venia en los dardos. E rogó á Dios, cuando se moria, que hobiese merced de su alma, é despues rogó muy atineadamente que guardase de peligro é de muerte al duque Gudufre. E fechas estas oraciones, salióle el alma del cuerpo. E el Duque en esto fué así cercado de todas partes, que no pudo salir de entre los turcos, é matáronle el caballo; é cuando se vió á pié, hobo muy gran pesar, é llegóse á una peña que falló hí por aventura, é paró el escudo ante sí, é aquejéronle estonces muy fieramente de todas partes; ca si la historia cuenta que el Duque habia pesar, esto no es de dubdar ni es de preguntar, veyendo toda su compañía muerta, é á Guillen Guiel, su compañero, é su caballo; mas él tenia su espada en la mano é su escudo ante sí, é tovo ojo é corazon por defenderse como puerco montés de los canes que le quejan, que á diestro que á siniestro, é derribaba desos turcos unos sobre otros muertos, así como se le llegaban. Corvalan, cuando vió que tamañas maravillas de armas facia, mandó á los turcos que se tirasen afuera; é estonce preguntóle Corvalan quién era ó cómo habia nombre, é el Duque dijole que le decian Gudufre de Bullon. E dijo esa hora Corvalan, cuando oyó el nombre del Duque: «Par Dios, gran bien oí decir de tí, é dejarte he por ende vivo, é levarte he en presente á mi señor el Soldan; é si te quisieres tornar de nuestra ley, facerte he yo dar grandes riquezas é grandes tierras.—Varon, dijo el Duque, non he placer de tus palabras, mas priébate conmigo por tu cuerpo; é si me puedes prender vivo, bien te podrás alabar al Soldan, tu señor, que le metiste su enemigo en las manos; é si yo de aquí bien escapare, muy gran pesar debes tú haber é tus moros, ca en el reino de Persia non te fincará cibdad ni villa, ni castillo ni fortaleza, que yo no quebrante, é al Soldan, tu señor, faré enaspas, é con un garfio de fierro le faré sacar los ojos de la cabeza; en pos desto, tornaré por Meca, do yace Mahoma, é tomaré los dos candeleros de oro, é facerlos he levar al sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.» Estonces dijo Corvalan á los suyos que lo tomasen é non les escapase, é comenzaron luego á dar alaridos, é cometiéronlo muy fieramente; mas tanto iba bien al Duque, que le non podian venir los enemigos sino por delante, é non se osaban á él llegar, que los habia mucho escarmentado, mas lanzábale de lejos dardos é saetas muy espesas é muy apriesa, é el Duque encobriase muy bien de su escudo é estaba quedo; é cuando veia que se le llegaban, arremetiase á ellos mucho á menudo, é al que él bien alcanzaba, non le aprovechaba ninguna armadura, por buena que fuese, que no diese con él en tierra muerto ó herido de muerte. Cuando los turcos aquello vieron, hobieron gran vergüenza porque un hombre solo se les defendia tanto; é cometiéronlo tan de récio, que hobo por fuerza de caer en tierra; mas, con miedo de la muerte, levantóse priado é tan de récio, que le quebró la sangre por las narices.

C-U.

(1) Esta palabra, ya usada anteriormente en otros lugares, era el grito de guerra de los franceses.

## CAPITULO CLXIII.

De las palabras que dijo el obispo de Puy á los ricos hombres.

Así como habeis oído, legaron los cristianos á las tiendas de los turcos con el duque Gudufre, é desarmáronle luego; mas el obispo de Puy dijoles ante que se desarmasen que le escuchasen, é ellos oyéronlo muy bien: «Señores, desde que el mundo hobo comienzo acá, nunca fué hombre que viese tantos buenos caballeros ayuntados como hoy aquí son. E quien vió lo que vosotros hoy fecistes, bien debe ser amigo de Dios, é así tened que lo sois vosotros; ca, como quier que esta muchedumbre desta gente descreida matastes, tened que lo fecistes con ayuda de Dios, é creed que él los mató; é todos los buenos fechos que los hombres facen, creed que Dios los endereza é los face con los hombres; é por ende, vos ruego por el amor de Dios que vos guardéis de reir é de escarnecer é de mentir.» E ellos respondiéronle que así lo farían, con la merced de Dios. E desí fueron á folgar cada uno, como aquellos que venían muy cansados é habían levado tan gran trabajo, é non era maravilla; ca, segun cuenta la historia, tantos mataron aquel día de moros, que non se podrían contar. E folgaron aquella noche en las tiendas, é hallaron asaz de comer, porque los turcos de mañana habían guisado la comida, como hombres que se no tenían de los cristianos que saliesen de la villa, nin les veniese cosa que les pesase de otra parte.

## CAPITULO CLXIV.

De cómo otro día de mañana partieron los ricos hombres la ganancia que allí hobieron.

Folgaron los cristianos aquella noche en las tiendas, como habemos dicho, é otro día en la mañana legaron todo lo que fallaron por las plazas do la hueste estaba asentada é por el campo do se hizo la batalla, é de caballos solos hallaron bien hasta quinientos mil. Así que, los caballos que ganaron en aquel desbarato, é los mulos é otras bestias, sin vacas é bueyes, é carneros é los otros ganados, no habían cuenta, ni sería quien los pudiese contar mas que las fojas de los árboles ni las yerbas de los campos. E fallaron hí otras muchas riquezas de oro é de plata é de piedras preciosas, é otros vasos é instrumentos de otras fechuras muchas para servicio de casa, é de paños de seda é de lana presciados é tapetes; de todas estas cosas fallaron tantas, que non tenían cuento ni precio; é con todo esto, fallaron mucha farina, la qual ellos habían bien menester, é tanta había della, que todos fueron embargados en la levar. E cogieron las tiendas é los tendejones, de que había tan grandes riquezas, que nunca fué vista tan hermosa ganancia, é acaescióles allí tan bien, que non podía mejor; que las habían mucho menester, porque las suyas eran ya podridas é dañadas, é leváronlas á la cibdad. Mas entre todas las otras cosas, se ayuntaron los ricos hombres por ver las maravillas de la tienda de Corvalán, ca era fecha en forma de una cibdad, é había en ella torres é almenas de muchas colores, obradas de seda, é del mayor palacio iban á las otras tiendas, así como por grandes calles, ca era la labor de toda la fechura desta tienda muy grande maravilla, é en el mayor palacio podían es-

tar mas de dos mil hombres. E despues que lo hobieron todo cogido é lo partieron entre sí, fueron todos ricos asaz é cargados de muy ricos haberes é de viandas, é entraron desta manera á la cibdad, é saliéronlos á recibir los clérigos con procesion muy honradamente. Mucho fué allí acabado en gran honra el estado de los cristianos, ca aquellos que non tenían que comer el día que salieron á la batalla fueron tan ricos, que pudieran mantener grandes compañías; é si hobieron gran alegría non fué maravilla, ca luengo tiempo había que tan hermosa aventura no acaeciera en la cristiandad; é loaron todos mucho á Dios, é diéronle grandes gracias de verdaderos corazones, porque conocieron que todo aquel bien les veniera dél. E esta era grande felicidad, por que toda la cristiandad fué honrada, é mayormente el reino de Francia. E esta buena andanza de la batalla de Antioea fué cuando la era de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo andaba en mil é cuarenta é cuatro años, ocho días andados del mes de julio.

## CAPITULO CLXV.

Cómo el almirante que tenía el alcázar de Mal-Vecino lo entregó á los ricos hombres, con condicion que le dejasen ir con lo suyo.

Hechia la particion de la ganancia en la manera que habeis oído, cuando aquel almirante que tenía el alcázar de Antioea, que decían de Mal-Vecino, como es dicho, vió que los suyos eran vencidos é desbaratados é mal parados todos, de manera que non le quedara esperanza de haber otra ayuda ni acorro de ninguna parte, luego que los altos hombres é los otros cristianos fueron entrados en la cibdad envióles á decir aquel alcaide que tenía el alcázar que, si los dejasen ir con sus mujeres é con todo lo suyo, é los pusiesen en salvo, que les darian el alcázar sin contrario é sin contienda; é los grandes hombres hobieron su acuerdo sobre ello, é el acuerdo fué atal, que los cristianos, como quier que vencieran la batalla, loado Dios, empero que fincaban cansados é una gran parte dellos mal heridos, é que mejor era de dejarlos ir é haber dellos el alcázar en paz é sin contienda, que no ganarlo por lid é por fuerza é perder hí algunos cristianos, lo que non podría ser de otra manera si á ello viniesen; é acordaron todos en que los dejasen ir con todo lo suyo en paz, é hiciéronlo, é enviáronlo decir, é él entrególes luego el alcázar, é ellos metieron luego otrosí de mañana sus señas é pendones dentro en el alcázar, é pusieronlos encima de las torres, así como facen los que vencen; é esta seña fué la que ya dejámos, en que estaba el hierro de la lanza que fué hallada.

## CAPITULO CLXVI.

Cómo aquel almirante moro contó á los cristianos lo que viera el día de la batalla.

Despues que el Almirante hobo entregado á los ricos hombres aquel alcázar de Antioea, contóles la gran maravilla que vió el día de la batalla, é dijoles que bien viera él ese día quantas haces faeron perdidas, é se revolían las unas con las otras para herirse é hacer la batalla, é que bien pensaba él que los cristianos eran vencidos, é que viera descender del cielo gente muy

## CAPITULO CLXIX.

De cómo eligieron patriarca en Antioea.

En tierra de Antioea pusieron estonce perlados de su gente, ca de antes non había ningunos fasta aquel tiempo; mas empero en Antioea non metieron otro patriarca en la cibdad, porque lo había hí de antes, fasta que acaesció despues de aquello que el buen patriarca que hí había entendió que no facía bien lo que debía ni aprovechaba en el servicio de Dios, porque los clérigos que venían á su mandamiento eran latinos é él griego; é los latinos non entendían nada de la lengua é escritura griega; é por ende, dejó aquel patriarca la dignidad sin premia que le ficiese ninguno; mas hizolo por su voluntad é por desembargar su alma é conciencia, é fué para Costantinopla, que es en Grecia, é ayuntóse estonces la clerecia de Antioea, é eligieron á don Micer Bernal de Val-natural, que veniera con el obispo de Puy, é hiciéronle electo, é aquel alzaron por patriarca.

## CAPITULO CLXX.

Cómo Boymonte fué entregado de la cibdad de Antioea, salvo algunas torres que tenía el conde de Tolosa.

Estando la hueste sobre Antioea, prometieron é firmaron todos los altos hombres, ante que la ganasen, que hobiese el señorío della Boymonte, é por acuerdo de todos otorgáronle que la hobiese de allí adelante, salvo el conde de Tolosa, que tenía la puerta de la puente é ya cuantas torres, que lo non quiso dar; ante alegaba que aquello era su parte; é porqué Boymonte era de ante de aquello llamado príncipe, é otrosí á todos los otros señores de la cibdad que venieron en pos dél, á todos llamaron de allí adelante príncipes de Antioea.

## CAPITULO CLXXI.

Del acuerdo que hobieron entre sí los ricos hombres que enviase mensajeros al Emperador que veniese; si no, que non le mantendrían lo que con él habían puesto.

Ordenadas fueron estas cosas en la cibdad de Antioea, así como habeis oído; en esto tomaron consejo los ricos hombres que enviase al emperador de Costantinopla á hacerle saber, por su lealtad dellos, que, segun las posturas que con ellos había, que non tardase, mas que viniere luego por su persona propia para ayudarles, señaladamente en la cerca de Hierusalén, é que los siguiese, ca ellos allá querían ir; é si esto non quisiese facer, que supiese que de allí adelante non le tenían postura ninguna que con él hobiesen hecho, pues que él no les quería tener la que con ellos pusiera; é esta fué la carta que aquí decimos, é estas son las razones con que los ricos hombres de Antioea enviaron sus embajadores al emperador de Costantinopla; é para ir en este mensaje escogieron á don Yugo Lomaines, hermano del rey Felipe de Francia, é Baldwin, el conde de Herente; é estos se partieron de la hueste é fuéronse para Costantinopla con este mandado. Mas diéronles salto los turcos en la carrera, é en esta traicion é salto se perdió el conde de Herente; así que, jamás non pudieron saber nuevas dél. Dellos decían que murió hí, é los otros que fué preso é levado muy lejos tierra de Oriente. E don Yugo Lomaines escapó vivo é sano, é

bien armada, é que era tanta, que non sería hombre que la pudiese contar; é que los caballeros que venían eran mas blancos que la nieve, é que entraran en la batalla, é que luego que ellos se envolvieron con los moros, que fueron vencidos é desbaratados, é tanto, que nunca se tovieron uno con otro, é que tremia la tierra é los montes é valles, é que por poco el alcázar é los muros con las torres se sumieran é descendieran á los abismos; é los que allí estaban fueron tan espantados, que cada uno dellos quisiera haber dado todo el mundo, si suyo fuera, en tal que no hobiese aquello visto ni lo oyese; é esto tan bien los esforzados como los otros.

## CAPITULO CLXXII.

Cómo los honrados hombres hobieron su acuerdo que ficiesen limpiar las iglesias é los santos lugares.

Seiendo los cristianos entregados en el alcázar de Antioea é apoderados dél, así como habeis oído, concertaron luego las otras cosas de la villa, é habiéndolas ya aderezado, ordenaron, por consejo del obispo de Puy é de los otros perlados que hí eran, é por acuerdo de los otros hombres, que hiciesen luego limpiar las iglesias é que las tornasen á servicio de Jesucristo; é mayormente, primero la iglesia mayor, que fuera fundada é fecha á hora de san Pedro, é hiciéronlo así; é establecieron clérigos que sirviesen aquella iglesia é las otras; é que guardasen los santos lugares limpiamente, é que los moros desleales é descreidos de Dios los habían todos ensuciado, é tenían en las iglesias á par de los altares sus caballos é asnos é mujeres; é de lo que era de haber mayor pesar é dolor, que habían avitado las imágenes de Jesucristo é de santa María é de los otros santos, é esta suciedad é menosprecio hicieron ellos cuanto mas pudieron, é á las imágenes de nuestro Señor Jesucristo é de santa María é de los otros santos así les sacaban los ojos como si fuesen hombres vivos, é así les cortaban las narices como á hombres que justifician por delito que hobiesen hecho; é todo esto en desprecio é deshonor de nuestro Señor Jesucristo é de su Madre é de los sus santos.

## CAPITULO CLXXIII.

Cómo los ricos hombres ofrecieron oro é mucha plata para hacer cálices é cruces é otras cosas.

Los grandes hombres é todos los otros romeros hobieron su acuerdo bueno, que estableciesen rentas ciertas que bastasen para sustentamiento de los clérigos que sirviesen á las iglesias; é estableciérongelas tales, cuales entendieron que les cumplirían; é ofrecieron oro é plata asaz para facer cruces é cálices, é muchos paños de seda para vestimentas é los otros ornamentos de los altares; é tornaron á la cibdad con muy gran honra al Patriarca, que era griego, á quien los turcos habían sacado dende muy deshonoradamente, haciéndole muchos males é muchas deshonoras, é todo esto por desprecio é desnuesto de la fe de Jesucristo, que él tenía.